res burguesas adentrarse con las campesinas, hacer trabajo con las mujeres proletarias. Pero, bueno, si pueden publicar por ahí alguna investigación, pues qué bien. No va a haber más.

Colectivo de Lucha contra la Violencia hacia las Mujeres A.C. (COVAC): Esperamos ampliar contactos con gente de todas partes, conocer qué se hace en otros lugares pues tenemos que crecer todas juntas, y no aisladamente. También que las mujeres se lleven una perspectiva más abierta de trabajo, y lograr sacar un trabajo a nivel latinoamericano, al menos una mínima red de experiencias concretas.

Lucero González: Desde el primer encuentro estamos en una discusión sobre el feminismo y la política; ojalá que sea el momento en que podamos integrarlos, en que se acabe esa división. Yo quiero que el feminismo pueda ser expresado en

toda situación, que dejemos atrás los esquemas y rescatemos la multiplicidad de la lucha.

Cuarto Creciente: Más que nada se dará un intercambio entre las mujeres latinoamericanas y algunas del Primer Mundo. Conoceremos hasta dónde ha avanzado la lucha de las mujeres, qué grado de concientización hay en otras partes y qué caminos se han seguido para llegar a las metas.

Venir de los 17: el movimiento feminista en México

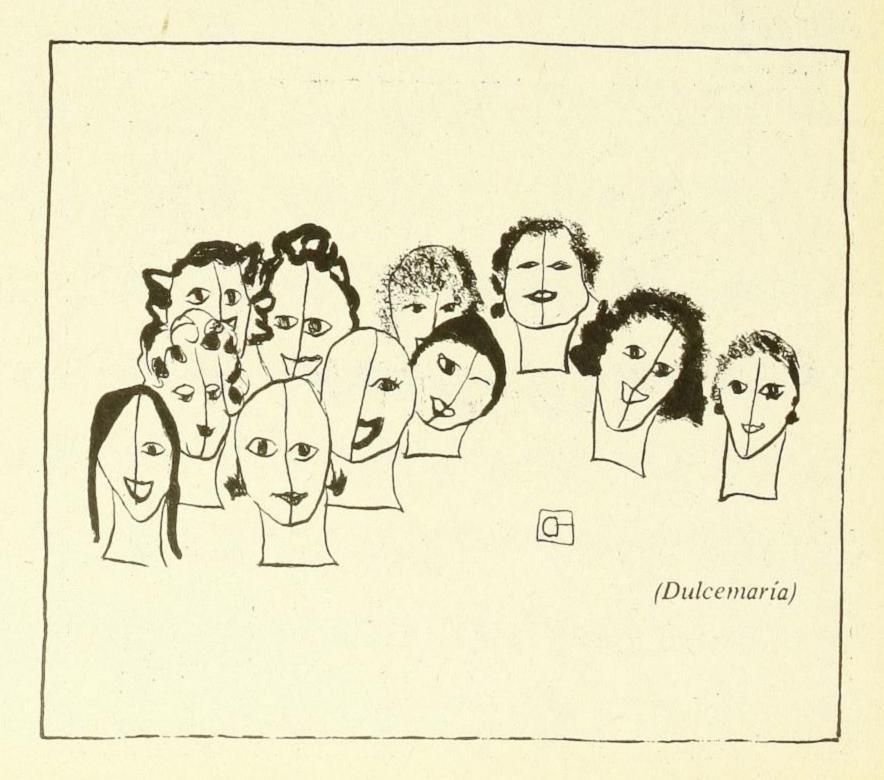
Marta Lamas

l feminismo mexicano no se ha expresado con el vigor de los feminismos europeos y norteamericano, ni ha logrado la resolución de las demandas por las cuales se ha movilizado. ¿Por qué ha ocurrido esto? Es obvio que parte de las razones de la ausencia de un movimiento feminista fuerte tienen que ver con la especificidad de nuestro desarrollo político nacional y de ciertos aspectos de la realidad socioeconómica y cultural. En un país como México, con una sociedad civil débil, pero fuertemente machista, con una vacilante práctica política de la izquierda, con una gran influencia de la Iglesia católica, sin organizaciones sociales independientes, con pocos sindicatos no controlados por el gobierno y sin una tradición de movilización, participación y debate de los ciudadanos, la aparición de un movimiento feminista autónomo, por pequeño que sea, y su permanencia por más de 17 años son, en sí, un logro.

Si analizamos los movimientos feministas occidentales vemos que una de sus fuerzas movilizadoras fue el proceso de concientización de las mujeres respecto de la opresión que significaba el trabajo doméstico y el papel del ama de casa. Miles de mujeres de clase media empezaron, en Europa y los Estados Unidos, a cuestionar la parcialidad con la que se repartían "naturalmente" las tareas domésticas y de ahí se siguieron criticando los papeles "masculino" y "femenino" en la familia para acabar denunciando la carga física y emocional que representa el trabajo domésti-

co y analizando sus implicaciones económicas y políticas. Todo este proceso llevó, entre otras cosas, a una durísima confrontación con los hombres. Las peleas por decidir desde quién cuida a los hijos hasta los mil detalles cotidianos de quién hace —o deja de hacer—el trabajo doméstico, se resolvieron en separaciones o en nuevos arreglos respecto a las obligaciones domésticas y los derechos familiares.

Si el trabajo doméstico sirvió como un detonador que movilizó a las mujeres que conformaron el grueso del movimiento internacional, ¿por qué en México no



sucedió así? Para entender esta diferencia hay que tener presente que las mujeres mexicanas de clase media, inclusive las de clase media baja y aun muchas proletarias, no cargan solas con el trabajo doméstico en sus casas. Por ello pueden evadir relativamente las tensiones internas que el trabajo doméstico genera, en especial, el conflicto con la pareja. Sea porque tienen una empleada doméstica o porque la madre, las hermanas u otras personas de la familia ayudan con los quehaceres y con el cuidado de los hijos, las mexicanas cuentan con un "colchoncito", como dijera Rosario Castellanos, que amortigua el enfrentamiento, el desgaste y los problemas de todo tipo que genera el trabajo doméstico. Este colchoncito convirtió a la propuesta política del feminismo en un planteamiento sin repercusión en las vidas de quienes estaban en condiciones de recibirla: las mujeres de clase media. Al contar con ayuda familiar o con empleadas domésticas, estas mujeres no vivieron el proceso de rebeldía y de confrontación de sus compañeras norteamericanas y europeas.

Claro que éste no fue el único elemento que dificultó el desarrollo del proyecto feminista en nuestro país. Durante los primeros años del nuevo feminismo (1970-1976) hombres y mujeres por igual tenían serias dificultades para entender los planteamientos feministas, especialmente lo referido a la relación producción/reproducción. Parecía imposible entender que lo que pasa en la casa es complementario a lo que ocurre en la fábrica. Esta clara resistencia, una especie de ceguera, fue más difícil de enfrentar que el machismo que tanto la izquierda como la derecha manifestaron con distintos ropajes. Además, el hecho de que la visión del mundo de las propias mujeres correspondiera a la ideología dominante -machista- fue un freno para la toma de conciencia que esperábamos las feministas.

EC ENCUENTRO EC

Esto fue decisivo en el fracaso del trabajo con mujeres obreras. En 1972 hubo importantes movilizaciones en la industria textil y de la confección: Hilos Cadena, Medalla de Oro, Rivetex, dieron una lucha significativa por la creación de sindicatos independientes. Las obreras, que conformaban la mayoría, si no es que la totalidad de los trabajadores, reconocían la prevalencia masculina en los puestos de decisión del sindicato, pero en cambio consideraban la doble jornada y el hostigamiento sexual como problemas "privados", que no tenían relación alguna con su situación laboral. En el trabajo con estas obreras las feministas no logramos plasmar en puntos concretos de lucha la relación entre su papel en la producción y y sus actitudes y comportamientos de subordinación en sus vidas. Además fue muy difícil para ellas aceptar -y enfrentar- la complicidad del compañero de trabajo o del líder sindical respecto a la situación opresiva que vivían como mujeres. Mejor evitar el tema antes que reconocer la discriminación o la indiferencia del propio compañero.

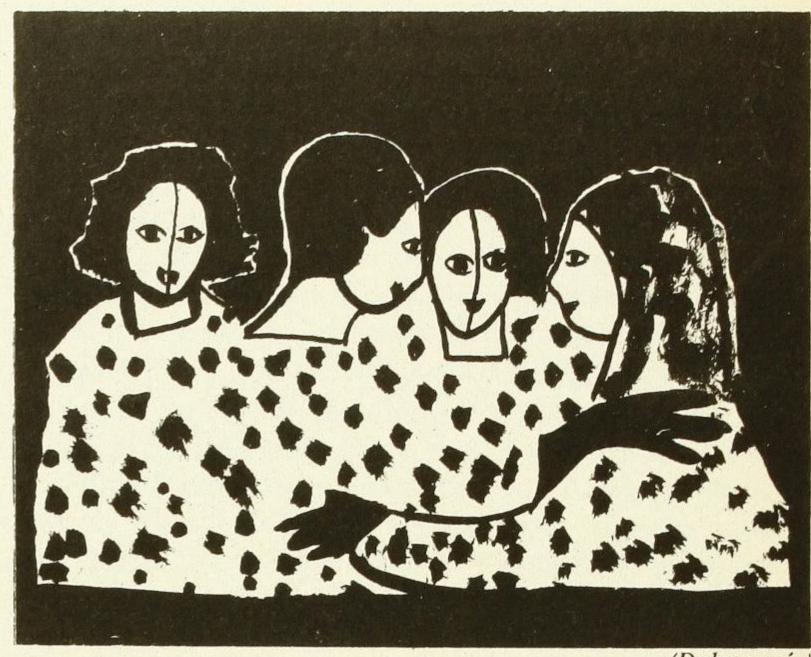
Este tipo de circunstancia, más la intención de ampliar el movimiento, hizo que invirtiéramos nuestras energías en trabajar con mujeres que, al menos de entrada, se sentían inconformes y buscaban una opción política diferente. Estas mujeres resultaron ser, en su mayoría, como nosotras: universitarias, por lo tanto, clase media; y como por lo general las universitarias tienen (o al menos a principios de los años setentas tenían) la cuestión del trabajo doméstico resuelta, pues quedamos atrapadas en el mismo dilema clasemediero. Con una empleada en casa no es necesario salir a luchar por guarderías o por medidas sociales, como lavanderías o comedores públicos, que aligeren la carga del trabajo doméstico. Si eres clase media consigues el dinero necesario para hacerte un aborto en buenas condiciones, incluso con tu propio ginecólogo. Al no necesitar luchar para solucionar problemas cotidianos, la mayor parte de las mujeres que ingresaron en los grupos feministas tampoco se vincularon con otras mujeres que sí tenían estas necesidades. Obviamente hablo de la tendencia general, pues casos excepcionales los hubo y los hay.

No necesitar del movimiento para mejorar la propia vida llevó a la mayoría de las feministas mexicanas a vivir el hecho de ser feminista como una postura con pocas repercusiones en la vida cotidiana y su militancia quedó reducida a una cuestión de convencimiento y no de necesidad. Su paso por los "pequeños grupos de autoconciencia" estuvo marcado más por un descubrimiento de las mujeres y su común condición femenina, especialmente respecto a la sexualidad, que por una necesidad organizativa. A la larga se pudo constatar que las mujeres abandonaban estos pequeños grupos en busca de otras opciones, en vez de

luchar por una transformación del modelo organizativo. Las experiencias de la Coalición de Mujeres Feministas y del Frente Nacional de Lucha por la Liberación y los Derechos de las Mujeres (que pertenecen a la segunda etapa del movimiento 1976-1982) se agotaron, no tanto por sus planteamientos, que aún hoy siguen vigentes, sino porque las que participaban lo hacían por convicción y no por necesidad.

Que la situación socioeconómica de las feministas y de las mujeres clase media en México conlleve la existencia de soluciones individuales a los problemas que han sido fuertemente movilizadores en otros países ha traído como consecuencia el predominio de una concepción muy parcial del feminismo mexicano: feminismo entendido como un instrumento de análisis y no de lucha. Lo curioso, y grave, es que esta concepción no ha desembocado tampoco en un trabajo teórico importante. Hay poca reflexión sobre la situación mexicana. Este subdesarrollo teórico, con las limitaciones en la práctica señaladas anteriormente, ha sido uno de los factores que, junto con ciertas características del funcionamiento interno de los grupos feministas (sectarismo, amiguismo, individualismo) y la ausencia de un debate político serio han obstaculizado la construcción de un proyecto político amplio. La falta de este proyecto ha frenado, a su vez, el crecimiento y desarrollo de un movimiento feminista masivo.

Pero esto no quiere decir que no exista el feminismo mexicano. A pesar de todo, también hay que reconocer el desarrollo de un trabajo muy importante, la mayor parte de las veces, a contracorriente. La lucha por la difusión de nuestra perspectiva y de nuestras demandas ha sido muy dura. Poner en evidencia las actitudes machistas de nuestros supuestos compañeros de viaje ha resultado más agotador que enfrentar el sexismo reaccionario. Además, el hecho de canalizar nuestros esfuerzos para conseguir un espacio y un reconocimiento políticos también ha tenido un alto costo político, puesto que nos hemos separado de procesos políticos más amplios. Esto ha traído como consecuencia que nuestra perspectiva global de lo que pasa en el país se haya viciado y restringido, impidiéndonos elaborar -como movimiento- una estrategia conjunta con otros grupos para formular un proyecto nacional más amplio. Si bien hemos definido nuestra línea anticapitalista con mucha claridad, no hemos sabido movernos en el espacio político nacional, ni tampoco hemos logrado vincular nuestro antiimperialismo con un proyecto latinoamericano. Asimismo, nuestra capacidad de respuesta pública ha sido deficiente, nuestra voluntad de provocación se ha ido perdiendo y hemos logrado presencia política sólo en contadas ocasiones. Sin desearlo, nuestra lucha ha sido identificada como la lucha por el aborto, reduciendo todo el planteamiento feminista a una



(Dulcemaria)

sola demanda. Al aislarnos y no establecer un debate con otras fuerzas políticas, nuestra postura ha quedado sin conocerse o ha sido manipulada por los medios de comunicación.

Internamente también hemos vivido un proceso desgastante. En la búsqueda de un modelo político menos irracional y autoritario hemos desarrollado una forma estupenda para una primera etapa - "el pequeño grupo" de autoconciencia"-, pero no hemos logrado abrir otras instancias que permitan tanto una evolución interna como una articulación efectiva con otros movimientos y organizaciones políticas. Nuestra relación con los grupos de provincia ha sido muy deficiente y no hemos logrado establecer una coordinación nacional. La fragmentación del movimiento y la dispersión de sus militantes también son resultado de una deliberada falta de estructura. El espinoso problema del liderazgo, que ha sido poco analizado, ha pesado significativamente en este proceso de fragmentación. La negativa inicial a delegar en unas pocas la voz de todas no sólo ha resultado poco operativa y nada eficaz políticamente, sino que, en muchos casos, se convirtió en una especie de freno, cargado de sentimientos negativos, al desarrollo político de algunas.

Pero aun con todos esos errores, con todas sus limitaciones y carencias, hay aportaciones fundamentales del feminismo mexicano. Para empezar, a lo largo de 17 años hemos logrado poner en evidencia que hay política en eso que se llama lo personal, lo privado. Hemos forzado a las organizaciones de izquierda, así como también a quienes se dedican a la crítica cultural y a la investigación social, a considerar los problemas de la sociedad y de las personas desde una perspectiva que cuestiona el androcentrismo. Hemos puesto sobre el tapete de la discusión —con manifestaciones y presencia en los medios de comunicación, con artículos académicos y debates políticos— la crítica al sexismo en sus varias manifestaciones.

También hay importantes transformaciones que son difíciles de evaluar: las que pasan por una nueva manera de vivir la vida cotidiana y las relaciones interpersonales. El movimiento ha logrado que muchísimas personas se replanteen sus papeles sociales, que los conciban como algo impuesto y no natural. Y aunque este cuestionamiento ha cimbrado a un pequeño sector de la sociedad, la lucha contra el machismo se ha generalizado en otros sectores y hasta en ambientes populares empieza a ser mal visto el ser "macho".

Es claro, por ello, que la medida de lo que ha logrado el feminismo mexicano no es cuantitativa, sino cualitativa. Su influencia ha sido considerablemente amplia, aunque restringida a la aceptación de ciertas demandas. Todavía hoy su planteamiento político no ha sido comprendido, no se ha discutido en serio qué implica su crítica de la reproducción social, ni se entiende en qué consiste la perspectiva de género. Y aunque el rechazo a priori del término "feminismo" sigue vigente, la recuperación de planteamientos feministas ha sido intensa. Tanto el gobierno como varias organizaciones políticas, sociales y populares han utilizado conceptos y análisis feministas, unas veces de manera demagógica, otras más en serio. En algunos casos la incorporación de propuestas feministas ha llevado a una mejoría real en la situación de algunas mujeres. Muchas militantes de partidos, sindicalistas, mujeres participantes en organizaciones populares, cristianas de grupos de base, son ya feministas convencidas y están dando la batalla de la doble militancia. Eso ha llevado a que organizaciones de mujeres que no son feministas, como la Regional de Mujeres de la CONAMUP o el sindicato de costureras "19 de Septiembre", reivindiquen como propias ciertas demandas feministas. Esto ha dado una tónica nueva a las manifestaciones que tradicionalmente habían sido organizadas por las feministas —la del 8 de marzo, la del día de la madre y la del día contra la violencia a las mujeres- y que, en 1986 y 1987 fueron convocadas por las mujeres de la CONAMUP y por las costureras. La asistencia a ellas fue mayoritariamente de colonas y trabajadoras, con una mínima participación de feministas "de las de antes". Parecería que la diferencia entre movimiento de mujeres y movimiento feminista pasa, ya no por las demandas, sino por la composición de clase.

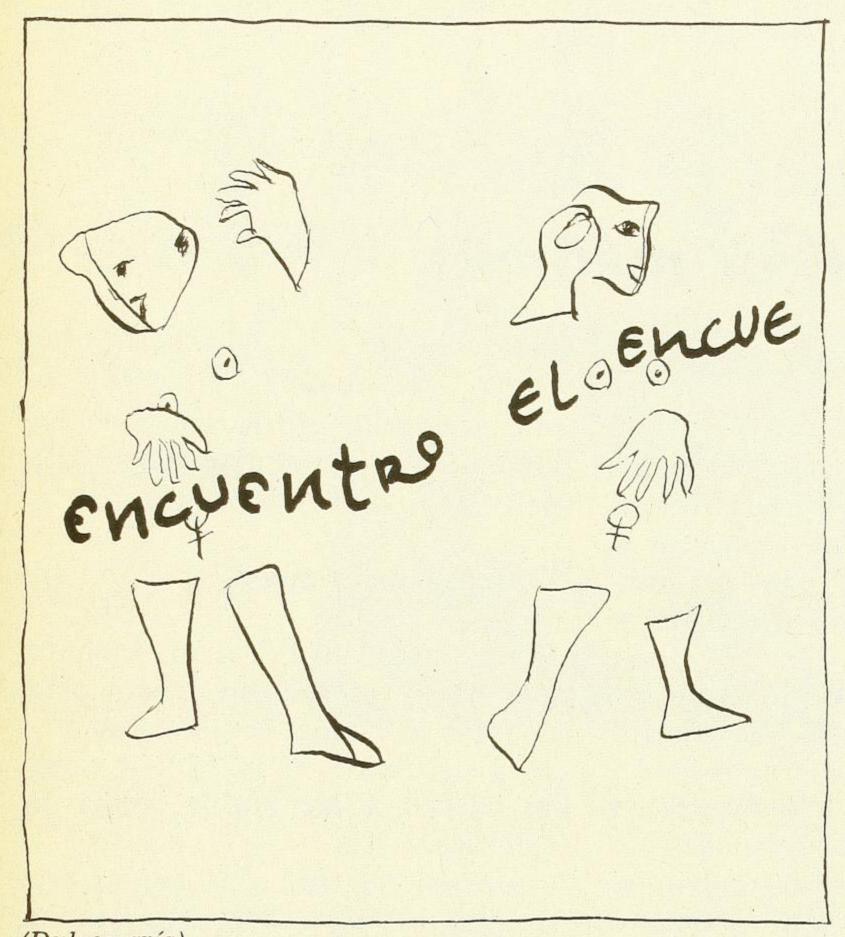
Esta diferencia se marca aun más en el trabajo de las feministas mexicanas. Creo que, por el momento, aparte de trabajos puntuales, como la atención a mujeres violadas, se puede hablar de tres tendencias visibles: el trabajo clasista, el trabajo mujerista y el trabajo intelectual. La diferencia entre el trabajo clasista y el mujerista radica en que el primero se define por la elección deliberada de trabajar con mujeres pertenecientes a cierta clase social, mientras que el segundo lo hace a partir de la identidad como mujer,

sin hacer distingos de clase. En las últimas movilizaciones de mujeres, así como en las reuniones de mujeres trabajadoras, las feministas clasistas han participado, mientras que la ausencia de las mujeristas ha sido notable. Antes no se marcaba tanto esa diferencia. Es el feminismo clasita el que tiene, hoy en día, una mayor presencia política. Tal vez la realización, en octubre de 1987, del IV Encuentro Feminista Latinoamericano vuelva a poner sobre la arena política a la tendencia mujerista, que tiene un peso importante y está bien representada dentro de la coordinadora del encuentro.

Ahora bien, tener mayor presencia política no significa hacer un trabajo sin errores. Si bien el movimiento de las costureras, con su culminación en la creación del primer sindicato nacional de este tipo, es un indudable triunfo obrero y feminista, una crítica de lo que ha sido la participación feminista en el trabajo sindical muestra un panorama lleno de baches. Aparte de la complejidad que la dinámica de clases y la crisis le imprimen al movimiento de las costureras, hay graves fallas políticas de las feministas. En la política sindical, cuyas sucias reglas no son cambiadas simplemente por una voluntad de transparencia, las buenas razones no cuentan y es necesaria una práctica política de otro tipo, que las feministas no han sabido implementar. La confrontación entre la dinámica política que se ha querido impulsar y la práctica política realmente existente ha mostrado conflictos decisivos, tanto en la práctica como en la reflexión feminista. Desde esa experiencia se siente una urgente necesidad de repensar muchas cosas.

A partir de 1982 se detecta un cambio en el movimiento; la repercusión de la crisis, que hace que las diferencias económicas y sociales entre las mujeres aumenten, se hace sentir. Y, aunque el feminismo propugna la unidad de las mujeres frente a la opresión machista, la realidad es que en el tercer momento





(Dulcemaría)

Si consideramos que la responsabilidad de los niños recaía casi exclusivamente en las mujeres, y que la mayor parte de las congresistas eran maestras, no nos sorprenderá que la discusión haya abordado con detenimiento problemas educativos y de la infancia.

Durante todo el congreso privó un clima de acalorado debate y de enfrentamiento político entre las participantes; fueron varias las ocasiones en que la violencia física estuvo a punto de estallar.

Sin duda, la forma de organización que las mujeres debían darse fue el punto central del debate político en este congreso y en los subsecuentes celebrados en 1933 y 1934 respectivamente.

En el Primer Congreso de Obreras y Campesinas, María Ríos Cárdenas, del Bloque de Mujeres Revolucionarias, propuso la creación de una confederación femenina (integrada exclusivamente por mujeres) para el progreso moral, intelectual y económico de la mujer. El sentido feminista de un organismo de esta naturaleza lo explicó la chiapaneca Florinda Lazos León en el Segundo Congreso de Obreras y Campesinas: "El feminismo tiene razón de ser porque las agrupaciones mixtas únicamente trabajan por el más fuerte, que es el hombre, y cuando las mujeres reclaman sus derechos, las directivas, desconociendo la psicología de las mujeres, les dan el trámite de que son cosas de viejas que no merecen la pena."

El proyecto de una confederación femenina era combatido con fervor por las militantes comunistas Refugio García, Consuelo Uranga y Concha Michel, entre otras. Ellas estaban convencidas de que las mu-

jeres deberían de actuar políticamente en colaboración con los hombres dentro del hogar y en los sindicatos, donde se deberían formar secciones femeninas. Por su parte, María Ríos Cárdenas, señalaba las limitaciones de la organización sindical para las mujeres: "... el sindicalismo, con haber conquistado muchos beneficios para el trabajador no resuelve los problemas de la mujer. Necesitamos asociaciones puramente femeninas que sean obra nuestra y para nosotras. .. El triunfo de la mujer depende sólo de su esfuerzo personal y colectivo".

El enfrentamiento de estas dos concepciones de organización de las mujeres se complicaba y se intensificaba porque, mientras que el Bloque de Mujeres Revolucionarias tenía una posición favorable al gobierno, las comunistas en ese entonces formaban una oposición severamente perseguida. En varias ocasiones, las militantes comunistas participantes en los congresos de obreras y campesinas fueron detenidas por la policía, lo que dificultaba el entendimiento político con las feministas simpatizantes del régimen.

1934: Congreso sobre Prostitución. Ciudad de México

Fue convocado por la Liga Internacional de Mujeres Ibéricas con el propósito de discutir y proponer medios para terminar con la prostitución en los países de habla hispana. Asistieron mujeres profesionistas y activistas de diversas corrientes políticas. En cambio, hasta donde sabemos, las directamente interesadas, las prostitutas, brillaron por su ausencia.

Las participantes coincidieron en que un requisito necesario para acabar con la prostitución era que su ejercicio dejara de estar en el terreno de la legalidad. Pero hasta aquí llegaron los acuerdos. Muy pronto se formaron facciones que resultaron incapaces de llegar a posiciones conciliatorias.

La facción que, por comodidad, llamaremos reformista proponía como medios para combatir la prostitución la censura de libros y revistas, la clausura de centros nocturnos y salones de baile, así como la prohibición de que fueran al cine los jóvenes solos. La otra facción, integrada por militantes comunistas, hacía un análisis socioeconómico del problema. Señalaba que los motivos reales de la prostitución eran la pobreza y la ignorancia y, por lo tanto, cualquier esfuerzo por desaparecerla tendría que incluir la apertura de fuentes de trabajo, la igualdad salarial para el trabajo femenino y la reducción de precios de la vivienda y los alimentos.

Las divergencias frente a la prostitución llegaron al extremo de dividir el congreso y cada una de las facciones acabó sesionando por separado. En el fondo de la discusión había complejas diferencias políticas, como las que afloraron en los congresos de obreras y campesinas. ¿Em